tra Dios habia visto el hombre á su voluntad rebelada contra su razon, sus sentidos contra su voluntad, la naturaleza contra sus sentidos, perdiendo de esta manera sobre todas las cosas y sobre sí mismo el imperio que él habia sido el primero en rehusar á su autor; del mismo modo, aprovechándose del divino socorro que se le ofrecia para levantarse de su caida, debió participar, aun acá en la tierra, de la restauracion que no alcanzará completamente hasta que esté en el cielo. Por esto vemos que su sumision á la ley del Cristo volvió á inaugurar el imperio de la verdad sobre su razon por medio de las ciencias morales, y el imperio de sus sentidos sobre la naturaleza por medio de las ciencias esactas é industriales: tres ramos de conocimientos cuyo prodigioso desarrollo, bajo la ley evangélica, ha conducido á la humanidad hasta el trono de la mas elevada civilizacion, y justificado aquel bello adagio: *Servir á Dios es reinar.*

Por otra parte, sin concretarnos aquí al estudio histórico de los progresos del entendimiento humano en su relacion con la fé, nos limitaremos solamente á un hecho muy grande, y es que en general todos los verdaderos filósofos y todas las inteligencias privilegiadas que han ecsistido en el mundo, todo cuanto ha descollado entre los hombres, se ha apoyado en la fé cristiana. Los mas nobles representantes de la razon, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo. Es un hecho reconocido. "Con facilidad podriamos citar, dice d'Alembert, la lista de los grandes hombres que han considerado la religion como la obra de Dios, lista capaz de *conmover, aun antes de ecsaminarla,* á los mejores talentos, y suficiente á lo menos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de verdades necesarias á los hombres, verdades que Pascal defendió, que Newton creia, y que Descartes respetaba." (1)

¡Qué prueba de la verdad del cristianismo! Porque al fin esas mismas inteligencias que en todas las cosas tributaron culto á la verdad, que vivieron en su estudio y contemplacion, que emplearon en sus investigaciones todas las fuerzas y todo el desinteres de que el espíritu humano es susceptible, que en sus hermosos descubrimientos y en sus grandes trabajos en metafísica, en moral, en matemáticas y en ciencias naturales, manifestaron que sabian conocerla y encontrarla, á las cuales la debemos, y que son para nosotros como sus canales; esas mismas inteligencias, repetimos, reconocieron que el cristianismo era verdad, la *Verdad* misma; lo proclamaron, lo profesaron, y no solo con sus escritos, sino con sus acciones, hicieron de él el motivo capital de sus estudios y de su conducta; ¡y se quiere que se hayan equivocado, equivocado hasta tal punto, y que, á pesar de este error fundamental, ó mas bien por la influencia de este error, hayan descubierto la verdad en todo lo demas!....

Y ¿quién falla de este modo? por lo regular son espíritus que ignoran la verdad cristiana; que no la han estudiado nunca mas que en los libelos en que se hace profesion de desfigurarla; que viven respecto de ella en un antiguo terreno de preocupaciones, que ni una sola vez han ecsaminado seriamente: ¡son espíritus que declaran sin vacilar que Bonnet, Euler, Kepler, Leibnitz, Clarke, Pascal, Bossuet, Newton, Malebranche, Descartes, Bacon y tantos otros ingenios superiores que hicieron de ella el estudio concienzudo de toda su vida, se engañaron completamente en todo lo que á ella hace referencia!... Declaren, pues, asimismo que se engañaron en metafísica, en moral, en matemáticas, en astronomía y en ciencias naturales, é inscríbanse contra todas las luces, negando las de la fé, ó bien reconozcan el lazo de verdad que las une, y, como dice Bacon, que *poca ciencia conduce á la incredulidad,* y que *mucha ciencia reconduce á la fé;* verdad cuyo feliz esperimento confiesa haber hecho personalmente un distinguido talento de nuestro siglo, Benjamin Constant: "Mi obra, dice (la historia del politeismo), es una prueba singular de esta verdad de *Bacon.* Profundizando positivamente los hechos, recogiéndolos de todas partes y chocando con las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Lo he hecho por cierto de muy buena fé; pues cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en la actualidad, todos mis hábitos y recuerdos son filosóficos, y aun defiendo palmo á palmo todo lo que la religion va conquistando en mí...." (2)

No tenemos necesidad de hacer observar que el reducidísimo número de talentos superiores que han hecho profesion de incredulidad, no debilita esta verdad, antes al contrario, la confirma, pues es muy evidente, por la comparacion de su carácter y de sus escritos con los de sus nobles adversarios, que el furor por distinguirse, la inmoralidad, la envidia, el odio y todas las viles pasiones que conducen al error y lo hacen necesario, fueron las raices de su incredulidad; y por otra parte, que á pesar de estas poderosas causas de ceguera, á pesar de los empeños formados, y á pesar de la confusion de retractarse, dieron al mundo el espectáculo de las mas chocantes palinodias, y confesado mil veces contra sí mismos la fuerza invencible de la verdad que se habian propuesto destruir. Compárense y pónganse en los dos platillos de la balanza el carácter y las costumbres de Voltaire, y el carácter y las costumbres de Bossuet, la vida de Rousseau y la de Fenelon; considérese que no hay en las obras de los unos ni una sola palabra que pueda ser objetada contra su fé, y que se han podido componer muchos volúmenes de lo que escribieron los otros contra su propia incredulidad, y no se podrá menos de convenir con nosotros en que la incredulidad de esos genios funestos es una prueba *è contrario* de la divinidad de nuestra fé. La pluma de los incrédulos es como la lanza de Aquiles, que curaba las heridas que hacia.

Pero principalmente en la comparacion de los

(1) D'Alembert, *Elogio de Bernouilli.*

(2) *Carta á M. Hochet,* publicada por Chateaubriand en el prefacio de los *Estudios históricos.*

frutos producidos por el genio cristiano con los que ha dado el humano ingenio fuera del cristianismo, resalta la verdad de este. Seguramente está el genio repartido entre los hombres, y bajo el concepto del *temperamento* nada hemos tenido mejor que Platon, Sócrates, Aristóteles, Ciceron, Séneca y muchos otros filósofos de la antigüedad; aun bajo ciertos respectos y en todo lo que corresponde á los *procedimientos* del espíritu, es preciso confesar que fueron por mucho tiempo nuestros maestros. Pues bien: comparad sus obras metafísicas y morales con las nuestras; poned las obras de Ciceron al lado de las de San Agustin, las de Platon al lado de las de Sto. Tomás de Aquino, las de Séneca al lado de las de San Pablo, Aristóteles junto á Bossuet, Epicteto y Marco Aurelio al lado de Bourdaloue, de Massillon, de Fenelon, de Pascal, de Malebranche, de Leibnitz, etc., y decid si no hay, no decimos en *las formas,* entendámonos bien, sino en *el fondo,* en el *producto* de estos últimos, una profundidad, una esactitud, una perfeccion y una solidez de miras infinitamente superiores; si no hay entre los primeros y los segundos toda la distancia del sueño á la realidad, y si no se ve claramente por semejante comparacion, que en Jesucristo se levantó sobre el mundo una gran luz. "Yo quisiera que para nuestro placer y nuestra instruccion, dice Voltaire, todos los grandes filósofos de la antigüedad, los Zoroastros, los Mercurios Trismagistros, hasta los Numas, volviesen en el dia á la tierra y conversasen con Pascal, ¿qué digo? con los hombres menos instruidos de nuestra edad, que no son seguramente los menos sensatos; yo pido perdon á la antigüedad, pero creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlatanes! ya no venderian sus drogas sobre el Puente-Nuevo." (1)

Lo que hay sobre todo altamente decisivo, es que, como observa Voltaire, no son nuestros grandes pensadores, sino los *hombres menos instruidos de nuestros dias,* los que nos bastaria oponer á los mas célebres filósofos de la antigüedad; y que no solamente debajo de los ricos mantos, sino debajo de las pobres chupas se encuentran nuestros Sócrates y nuestros Epictetos, formados, como están, *en esa sublime ciencia del Evangelio,* dice tambien Voltaire, *á la cual se llega cuando aun no se tiene el entendimiento bastante desarrollado para estudiar las ciencias elevadas* (2).

¡Propiedad verdaderamente divina de esta doctrina, que se hace de este modo toda de todos para realizar su maravillosa enseñanza en todos los espíritus; que prescinde del raciocinio para comunicarse á los mas limitados, y se presta á él para satisfacer á los mas hábiles; cuya luz se condensa en rayos que le permiten introducirse en el ojo mas miope, sin perder nada de su sustancia, y se dilata en las capacidades de la inteligencia hasta contentar á las mas vastas, conteniéndolas sin embargo dentro de los límites de una misma enseñanza! Unicamente el cristianismo presenta esta alianza de la filosofía trascendental con la religion popular. Haciendo Bossuet el catecismo para los niños, ¿qué decimos? aprendiendo á veces él mismo los secretos de la perfeccion evangélica de boca de las mas humildes ovejas de su rebaño, edificándose con su ejemplo é instruyéndose con sus respuestas mas de lo que él las instruiria á ellas con sus preguntas: ¡qué espectáculo! Lo decimos con una conviccion profunda: en estas cosas está Dios. Solamente el que hizo al sol pudo dar al Evangelio todas las propiedades de su luz: *Illuminans omnes homines.*

IV. El Evangelio es en el mas alto grado lo que se llama un *principio.* Es *el Principio* por escelencia.

Esta consideracion pondrá fin al presente trabajo.

Los hombres no hacen los principios: los reciben y los trasmiten. Ni siquiera los demuestran; los presuponen sobre la autoridad del sentido comun, y por ellos demuestran despues todo lo demas. De modo que los principios son comunes á todos, como todo lo que viene directamente de Dios. Los principios no reconocen mas inventor que á Dios. Son la verdad en sustancia, directamente comunicada á la razon humana por su autor, *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* Esta luz no se encendió mas que una vez en el principio, en proporcion determinada é igual para todos. La diferencia de luces entre los individuos y entre los pueblos, no proviene luego sino de la diferencia de fidelidad en conservar esta luz-principio, en deducir de ella consecuencias y hacer de ella aplicaciones. Pero en sí misma, lo repetimos, la suma de principios que constituyen esta luz natural no podria aumentarse sino por una accion semejante á la que dotó con ella una vez á la razon, por una *revelacion.* Todas las inteligencias humanas reunidas no podrian introducir en el mundo un principio mas de los que se hallan circulando.

Por otra parte, el espíritu humano, que no puede darse á sí mismo nuevos principios, puede perder los que recibió de su autor; puede adulterarlos, trastornarlos, y cuando esta adulteracion y este trastorno se haya hecho progresivo y se haya convertido en general y natural en cierto modo, como lo era en la última edad del mundo pagano, tampoco hay mas que la misma mano que los introdujo la primera vez en el mundo, que pueda restaurarlos.

Finalmente, como la misma mano corruptora y disolvente que oscureció y trastornó la luz en los principios, sigue obrando, y debe naturalmente acarrear la misma disipacion, la misma subversion, es claro tambien que solo el autor de los principios, despues de haberlos restablecido y aumentado, puede conservarlos inviolablemente en el seno de nuestra naturaleza, impotente para conservarlos y que tiende sin cesar á pervertirlos.

Tales son los tres caracteres de la accion de Jesucristo y de su Evangelio en el mundo.

1.° Esta accion restableció en su esplendor primitivo los principios de la razon y de la moral naturales, y los rehizo desde los cimientos, en una

(1) Voltaire, citado en la *Razon del Cristianismo,* en la palabra Aveux.

(2) Voltaire, id. id. id.

época en que se hallaban tan oscurecidos y alterados, que su restablecimiento fué reputado locura y crímen de *lesa-humanidad*, como dice Tácito: *Odio humani generis convicti sunt* [Anal., lib. XV, c. 44].

2.° Estendió, elevó y aumentó la luz natural de la razon por medio de principios nuevos y superiores á los que restablecia, conforme lo decia el mismo Jesucristo: *Non veni solvere legem, sed adimplere;* es decir, que hizo doblemente y de un solo golpe lo que evidentemente los hombres no podian hacer, y lo que no se habia hecho mas que una vez en el principio por el Criador, y lo hizo con tal identidad, que los principios evangélicos llegaron á hacerse comunes, vulgares y naturales como los de la primera revelacion, sin que podamos distinguirlos de ellos, hasta el punto de que los mismos que impugnan el hecho de la revelacion evangélica, conservan sus luces, viven de ellas, y no tienen nada mas para oponerle que esas mismas luces que solo de él proceden.

3.° En fin, estableció ese cuerpo de principios, restablecidos y completados, sobre una base fija y para siempre inmutable, de modo que ya no puede ser, como antes, alterado ni trastornado. Formó con ellos algo vivo y animado con vida propia y personal, que se conserva, se defiende, se propaga é invade todo lo que puede oponerse á su estension: un fenómeno visiblemente sobrenatural en el órden moral y hasta en su constitucion sensible, que es la Iglesia. La luz natural se habia ido debilitando: la luz evangélica ha ido siempre en aumento. El mundo habia desfigurado la verdad primitiva: la verdad evangélica ha trasfigurado al mundo; y por este último efecto, lo mismo que por los dos anteriores, su autor, Jesucristo, ha magníficamente justificado lo que de sí mismo dijo: *Yo soy la Verdad y la Vida; yo soy la Luz del mundo; yo soy el* PRINCIPIO. (1)

§ III.

Frutos del cristianismo en el órden social.

Si la verdad del cristianismo se prueba por los frutos directos de su doctrina y de su moral en su relacion con el mundo superior, nos parece que se probará mejor todavía por sus resultados indirectos en el órden temporal y sensible.

Como no puede ser verdadero sin ser la verdad en su mas sublime potencia, todo debe resentirse de su influencia.

Sin embargo, conviene hacer una distincion muy importante.

El fin directo del cristianismo es santificar al hombre con el ausilio de la gracia, salvarlo del mal y hacerlo llegar á la patria de los santos. Este fin se dirige á cada hombre, tomado aisladamente. Es una accion inmediata y privada, que se introduce en las almas para obrar en ellas, con el concurso de la voluntad, la obra de su santificacion individual, á traves de todos los obstáculos esteriores, y sin guardar ningun miramiento á las circunstancias temporales de la humanidad. En este sentido, el cristianismo dió desde el primer dia todo su fruto, y no ha hecho despues mas que reproducirse, encaminándose y encaminándonos á todos hácia la eternidad. Por lo demas, con todo se acomoda, hasta con una Calígula y un Neron; da al César lo que es del César, y declara que su reino no es de este mundo.

Pero aun proponiéndose principalmente este fin directo, el cristianismo debió de necesidad obrar indirectamente y por via de consecuencia sobre el estado temporal, colectivo y sensible de la humanidad, con una accion lenta, progresiva é indefinidamente civilizadora, que es la que debemos ahora ecsaminar.

Es imposible que sucediese de otro modo, pues es el efecto de toda doctrina que tiene algun poder para obrar mas ó menos de arriba abajo, de lo particular á lo colectivo, y en razon de la bondad y estension de este efecto, puede juzgarse de la verdad de la doctrina. Las sociedades y la gran sociedad de los hombres tienen una ecsistencia colectiva, propia y distinta, que no es una vana abstraccion, como han pretendido algunos. Esta ecsistencia se espresa y conserva por medio de lo que llamamos vínculos sociales, es decir, por medio de todo aquello por lo cual vivimos en comun: las leyes, los hábitos, las instituciones, las costumbres y la opinion. Cada uno de nosotros tiene indudablemente su libertad, y los movimientos de esta libertad producen una grande diversidad de ideas, de costumbres y decisiones en la superficie de las cosas; como se mueven en todas direcciones los pasajeros sobre el puente de una embarcacion; pero sin embargo, la embarcacion va siguiendo una ruta determinada, y esta ruta, cualquiera que sea, arrastra á la vez á todos los pasajeros. La atmósfera en donde nacemos influye sobre nosotros, y la sociedad sobre sus miembros. Pero por la misma razon, los miembros deben influir sobre la sociedad, si por acaso se sienten inspirados de un principio superior al que la mueve.

I. Entre tanto, y antes de ecsaminar los resultados que ha obrado el cristianismo en el órden social, debemos hacer observar, en el mismo medio de que se valió, un primer resultado muy precioso, pues es como el polo de la civilizacion moderna: hablamos de ese principio de accion de los individuos sobre la sociedad, que no conocieron nunca las sociedades antiguas.

Entre los pueblos paganos la sociedad lo era todo, los individuos nada. Estos estaban enteramente absorbidos en aquella. Aquella divinidad que llamaban la Patria, no permitia á sus hijos respirar sino por ella; les inspiraba todos sus odios, todas sus pasiones y preocupaciones; su poder consistia en el aniquilamiento personal de todos ellos, y su libertad en la servidumbre de todos. Ni siquiera les quedaba el refugio del otro mundo de las almas, que se abre en esperanza á los gemidos del oprimido y recibe sus quejas, mientras tanto no venga sus agravios. Los dioses eran cómplices de la sociedad en su tiranía, ó mas bien eran la sociedad misma divinizada, y gravitando con todo el peso del Olimpo

(1) Juan, cap. 8. v. 25.

misma divinizada y gravitando con todo el peso del Olimpo sobre la tierra. Minerva, Vénus ó Júpiter: he aquí la Grecia, el Asia ó Roma personificadas; y para que la identificacion del poder temporal y espiritual fuese mas completa, los soberanos de la tierra disfrutaban á su vez de los derechos y honores de la divinidad: el antromorfismo y la apotéosis se daban la mano. La verdad de semejante estado acaba de ponerse de manifiesto con la observacion de que lo que ecsistia en grande se reproducia en particular: lo que era el ciudadano respecto de la patria, lo eran los hijos y la mujer respecto del padre y del marido, el esclavo respecto del señor, todo cuanto era débil respecto del fuerte, entregado fatalmente á una voluntad superior y no perteneciéndose á sí mismo en nada. Y lo notable es que esta comprension se ejercia en razon inversa del número: aquello era como una pirámide de servidumbres, en cuya cúspide estaba la libertad pública.

Una organizacion tan homogénea y encontrada, en la que los individuos no eran mas que moléculas de un todo compacto, debia dar prodigiosos resultados de fuerza y de grandeza materiales. Hasta es menester decir que en el apogeo de su accion, en aquel punto heróico que presentaron las repúblicas de la antigüedad, hubo una grandeza moral verdadera en aquella identificacion suprema de las voluntades privadas á la voluntad pública, aquella grandeza que va siempre unida á la idea de sacrificio cuando la voluntad lo acepta y lo precede: tal fué el tiempo de los Milciades para Atenas, de los Leónidas para Esparta, y de los Régulos para Roma.

Pero este tiempo fué muy corto, comparado con la larga vida de las sociedades modernas, comprado con enormes sacrificios y seguido de una irremediable corrupcion. Habiendo el valor individual y la libertad propia del hombre sido abismados en la cualidad de ciudadano, cuando esta, por su misma estension, desaparecia, no quedaban ya mas que esclavos. Siendo mutilados y violados en tan crueles constituciones todos los derechos y sentimientos de la naturaleza, un estado tan falso y violento no podia durar mucho tiempo, y por poco que se debilitase debia luego caer. Ningun contrapeso lo preservaba de sus propios escesos, ni ningun elemento vital y reparador podia trasformarlo y hacerlo revivir. Lo que hay ademas de singular es que lo que hace vivir á nuestras sociedades modernas, lo que les da mas importancia, la justicia natural, la ecsistencia mútua, la reparticion de los beneficios y de las cargas, la libertad individual, el progreso de la verdad, etc., eran principios de muerte para las sociedades antiguas, y debian necesariamente acarrear su disolucion, puesto que no eran otra cosa estas sociedades que la violacion organizada de todos aquellos grandes principios. Estos, es verdad, por esta misma violacion habian como desaparecido de la conciencia del género humano; pero lo que de ellos quedaba instintivamente, era suficiente para disolver la sociedad, sin serlo bastante para regenerarla, y por consiguiente se debia llegar á aquel estado indefinible de corrupcion que presentaba el mundo pagano en los últimos tiempos, en que no habia ya ni sumision ni libertad, sino servidumbre y licencia en todo.

Apareció el cristianismo, y sin dirigir ni una palabra directamente reformadora á la sociedad temporal de la humanidad, tomó al mundo social tal como se hallaba, y declaró que no queria mezclarse con él: *Mi reino no es de este mundo*, dijo. Hasta sancionó los poderes públicos por respeto al principio de órden que constituian, y prescribió *dar al César lo que es del César*, no pidiendo para Dios mas que lo que le pertenecia, es decir, la santificacion de las almas por la observancia de su ley de verdad.

Probaria, no obstante, mucha cortedad de vista el no descubrir en semejante reserva nada nuevo para el mundo temporal, y el oponerla, como tantas veces se ha hecho, al cristianismo como un límite distintivo de su poder, fuera del cual ya no se estiende su accion. Es todo lo contrario, pues en esta distincion se encuentra todo el poder del cristianismo, no solamente respecto de la conducta de las almas para con Dios, sino por esto mismo respecto de la direccion superior de las cosas humanas.

¡Qué cosa mas nueva, en efecto, cuando apareció el cristianismo, que *un reino que no era de este mundo*, que llamaba á sí todas las quejas, todos los sufrimientos y todas las angustias de la humanidad, y que lanzaba tan formidables maldiciones contra las riquezas, la injusticia, la voluptuosidad y la violencia! ¡Qué cosa mas nueva que distinguir á Dios del César, limitar lo que se debe á este con lo que se debe á aquel, y en caso de conflicto entre las dos obligaciones y los dos reinos, decretar que debe prevalecer el de Dios! Hasta entonces, como hemos dicho, la sociedad civil acumulaba todos los poderes; se apoderaba del hombre en su cuna, y arrogándose sobre él un derecho absoluto de vida y de muerte, en lo físico y en lo moral, le decia: No vivirás, no pensarás ni sentirás sino por mí; tus dioses serán mis dioses; ni aun la naturaleza tendrá en tí mas inspiraciones que las que yo le permita, y en la lucha que pudiera surgir entre ellas y mis instituciones, el triunfo deberá ser siempre de las últimas. El cristianismo venia á colocar en frente de ese poder otro poder totalmente distinto, que consagraba y robustecia al poder civil, permitiendo empero y hasta prescribiendo desobedecerle en todo cuanto fuese contrario á sí mismo. Indudablemente este poder espiritual se hallaba en gérmen en la conciencia humana, y esta debió siempre desobedecer el mandamiento de una iniquidad; pero jamas habia recibido una espresion tan distinta, tan esplícita y formal; jamas los dos mundos, las dos ciudades, habian estado tan claramente deslindados como lo estuvieron por la revelacion que Jesucristo nos hizo del de Dios, de su ley santa, de los intereses eternos anecsos á su observancia, de los motivos y medios de conformarnos á ella, y por el establecimiento que dejó en la tierra de una institucion encargada de representarlo hasta el fin de los tiempos.

Desde entonces ya no fué el hombre solamente griego, romano ó germano; pudo ser cristiano, cató-

lico, ciudadano del reino de Jesucristo é hijo de su Iglesia, en cualquiera punto del globo donde viviese, y encontrar en su sumision á los deberes de esta cualidad, la mejor de todas las libertades, el mas precioso de todos los derechos: la libertad de no obrar mal, el derecho de obrar bien, no en el sentido relativo é interesado de un pais ó de un siglo, sino en el sentido filosófico y divino, es decir, absoluto de la palabra; la libertad y el derecho de ser dueño de su alma entre los hombres, y á traves de todas las relaciones y de todas las trabas de su condicion social sobre la tierra, respirar y conversar en el cielo.

Fácil seria demostrar que de esta primera libertad religiosa salieron todas las demas libertades civiles, políticas y sociales que han ido desarrollándose hasta nuestros dias, y cuya perfeccion no será completa sino hasta que se conformen perfectamente con su principio. Pero no basta un capítulo: serian necesarios muchos volúmenes para dilucidar tantos puntos, sobre los cuales no podemos hacer mas que pasar ligeramente.

Lo cierto es que por el establecimiento de su poder espiritual, el cristianismo libró al hombre de su absoluta sujecion al poder temporal; que por la distincion del primero de estos poderes, le dió un valor individual de libertad ante el segundo, y por este medio un principio de accion sobre la sociedad, provechoso aun á esta, porque la contrabalancea en sus escesos, la levanta de sus caidas, la regenera en su corrupcion y la estimula y hace progresar en su duracion.

Desde entonces estamos viendo lo que no se habia visto jamas: apóstoles, mártires, anacoretas, confesores, santos de todas clases, é instituciones de toda especie, concentrándose todos en el foco de un poder espiritual, distinto de todos los poderes, espresando la perfeccion evangélica en sus diversas aplicaciones á las necesidades de los tiempos, inspirándose de un principio superior á sus vicisitudes, conservando la luz de la verdad en las tinieblas de la ignorancia ó del error, y la inflecsible regla del deber en medio de la licencia, oponiendo todas las virtudes á todos los vicios, protestando eternamente por medio de la santidad contra la corrupcion, y hasta cuando el mundo los persigue, obligando al mundo á acusarse á sí mismo y á encaminarse detras de ellos hácia las sendas de la verdad.

El mundo gritó desde el principio contra este poder incorruptible y santificante, y lo llamó enemigo del género humano; en todos tiempos ha habido y habrá lucha entre lo espiritual y lo temporal, entre la fé y la razon, entre el sacerdocio y el imperio; pero mirando las cosas desde un punto muy elevado, á esta lucha debe el mundo su salud y su civilizacion, pues por ella ha sido la verdad probada y manifestada, y se ha conservado su distincion y la independencia necesaria á su accion sobre la sociedad, cuya corrupcion la hubiera hecho degenerar si se hubiera confundido con ella.

Tal es el gran medio de civilizacion que trajo el cristianismo á las sociedades humanas, y por el cual ha ido sucesivamente reformándolas en el sentido absoluto de la verdad en todas las cosas, aun en las temporales y sensibles.

A este medio deben las sociedades cristianas esas largas ecsistencias siempre activas, esa juventud eterna, y despues de tantos siglos, esa plenitud de vida que las hace lanzarse en busca de nuevos horizontes. Pueden sufrir revoluciones y trasformaformaciones progresivas, pero no conocen aquellas fatales decadencias, aquellas descomposiciones irremediables que llevaban en su seno las sociedades antiguas, y cuya marcha analizaron tan profundamente Bossuet y Montesquieu. No conocen tampoco aquella estúpida inmovilidad de los pueblos de la India, que no vejetan sino con la condicion de no marchar nunca hácia adelante. Viven real y verdaderamente, y viven siempre mejor. Y es que la verdad divina es la vida verdadera de las inteligencias y de las sociedades; que entre los antiguos, lo que de esta verdad madre se les habia dado, iba sucesivamente empobreciéndose á causa de su confusion con el curso temporal de las cosas, contra cuyo arrastramiento nada podia defenderla, y que en los pueblos de la India no se conserva sino como una mómia, desfigurada entre las envolturas del poder y al abrigo de todo contacto con la espaciosa atmósfera de la razon. En las sociedades cristianas, empero, totalmente distintas del elemento temporal, y las mas veces en lucha con él, se mantiene accesible á todos los espíritus sobre el fundamento libre de Jesucristo y de su Iglesia, á pesar de todas las persecuciones, de todos los agasajos y de todas las vicisitudes, como un centro fijo y activo á la vez, que contiene y desarrolla á la humanidad dentro de una esfera infinita.

II. La falta de espacio no nos permite descender hasta los resultados, y nos obliga á circunscribirnos á un ecsámen de síntesis; pero el hecho general del progreso indefinido de la civilizacion, desde la promulgacion del cristianismo, es bastante sensible para hacer impresion en todo talento reflecsivo, tanto mas cuanto que contrasta manifiestamente con el progreso de decrepitud que habia conducido el mundo hasta las puertas del caos, cuando empezó á retirarse de él.

Desde luego nada hay mas esplícitamente consignado en la historia, que la poderosa reconstitucion del mundo carcomido ya, bajo el soplo del cristianismo. M. Villemain ha hecho sobre esta verdad consideraciones generales, llenas de interes, en dos escritos notables, en los cuales, á nombre de la historia y con la mas ilustrada crítica, revindica para el cristianismo la prioridad esclusiva y sobrehumana de esta gran regeneracion: *los hombres no son para ella suficientes*, dice: *solo el cristianismo pudo llevarlo á cabo.*

M. Troplong, en su erudito tratado *De la influencia del cristianismo en el derecho romano*, nos hace asistir mas detalladamente á las reformas sucesivas, obradas por aquel ESPÍRITU CELESTIAL, como él lo llama, en las legislaciones romanas, y por consecuencia en todas las relaciones sociales de los hombres entre sí. Es una obra muy demostrativa, por-

que procede por esposicion de los hechos mas que por preconcepcion y teoría, y porque en ella el filósofo cede siempre el lugar al legista.

M. Guizot, despues de Montesquieu, nos ha hecho ver tambien á la civilizacion europea surjiendo del seno del cristianismo y debiéndole sus mas vitales instituciones.

No hay publicista, ni historiador, ni crítico digno de este nombre, que no haya reconocido esta verdad, y que no haya hecho de ella el punto de partida y el hilo regulador de todos sus estudios. En nuestros dias, sobre todo, en que las revoluciones que acabamos de atravesar nos han puesto en el caso de ver mejor en el fondo de las cosas y de apreciar sus resultados, esta verdad ha llegado á ser un acsioma que sus mismos enemigos no pueden disimular, y que toman hábilmente el partido de reconocer.

Pero el trabajo mas rico y mas completo que sobre tan vasta materia ha visto la luz pública, y en el que está tratada desde su orígen hasta nuestros dias con una erudicion tópica y grande acopio de buen sentido, es el del presbítero Balmes, del cual hemos hablado ya en una nota, y que tiene por título: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea.* En el primer tomo, despues de haber probado con hechos y documentos incontestables que solo la mano del cristianismo destruyó la esclavitud, estableció el principio y realizó el hecho de la libertad humana, y devolvió al hombre su dignidad propia y su valor natural, prosigue manifestando que todo el edificio de la civilizacion moderna ha sido levantado por la misma mano que habia restablecido su primer fundamento. La profunda sagacidad con que espone los principales caracteres de esta civilizacion, prepara dignamente para los ricos detalles por los cuales va deduciendo su formacion del cristianismo. He aquí su hermosa y rápida pintura: jamas de esta palabra tan complecsa y tan vaga de *civilizacion* se hizo una definicion mas analítica y esacta:

"El individuo con un vivo sentimiento de su dignidad, con un gran caudal de laboriosidad, de accion y energía, y con un desarrollo simultáneo de todas sus facultades; la mujer elevada al rango de compañera del hombre, y compensado, por decirlo así, el deber de la sujecion con las consideraciones de que se la rodea; la blandura y firmeza de los lazos de familia, con poderosas garantías de buen órden y de justicia; una admirable conciencia pública, rica de sublimes mácsimas morales, de reglas de justicia y equidad, y de sentimientos de pundonor y decoro, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada, y que no consiente que el descaro de la corrupcion llegue al esceso de los antiguos; cierta suavidad general de costumbres, que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes, y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible; un profundo respeto al hombre y á su propiedad, que hace tan raras las violencias particulares y sirve de saludable freno á los gobernantes en toda clase de formas políticas; un vivo anhelo de perfeccion en todos ramos; una irresistible tendencia, errada á veces, pero siempre viva, á mejorar el estado de las clases numerosas; un secreto impulso á protejer la debilidad, á socorrer el infortunio, impulso que á veces se desenvuelve con generoso celo, y cuando no, permanece siempre en el corazon de la sociedad, causándole el malestar y desazon de un remordimiento; un espíritu de universidad, de propagacion, de cosmopolitismo; un inagotable fondo de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crísis; una generosa inquietud que se empeña en adelantarse al porvenir, y de que resultan una agitacion y un movimiento incesantes, algo peligrosos á veces, pero que son comunmente el gérmen de grandes bienes, y señal de un poderoso principio de vida: he aquí los grandes caracteres que distinguen á la civilizacion europea; he aquí los rasgos que la colocan en puesto inmensamente superior á todas las demas civilizaciones antiguas y modernas." (1)

Nos parece que es haber adelantado mucho, en la prueba de la tésis que remonta la civilizacion europea al cristianismo, el empezar por dar de esta civilizacion una definicion tan perfectamente verdadera; pues para presentar con tanta esactitud sus principales rasgos, es menester haber perfectamente comprendido antes sus causas; y cuando el autor, haciéndose luego cargo de cada uno de estos rasgos en particular, investiga su filiacion y genealogía, á la doble luz del sentido comun y de la historia, llega á hacernos palpar hasta cierto punto su principio generador en el cristianismo y el agente de su formacion en el catolicismo, hasta el dia en que pasaron á las constituciones y á las costumbres.

No pudiendo seguirlo en tan vasto asunto, nos limitaremos á observar que cambiando el cristianismo la situacion religiosa de la humanidad con relacion á Dios, se halló haber preparado por via de consecuencia todos los cambios sobrevenidos en las demas relaciones naturales y sociales del esclavo al dueño, de la mujer al marido, del hijo al padre, del pobre al rico, del súbdito al soberano, del ciudadano al estranjero, que debian manifestarse en la sucesion de los tiempos. Y cuando vemos todas estas relaciones, hasta entonces falseadas, violadas, universalmente desconocidas, resentirse casi inmediatamente del contacto del cristianismo; cuando desde este momento las vemos tender incesantemente á un mejoramiento manifiesto, en el sentido de la verdad absoluta de las cosas, de la dignidad de las personas, de la santificacion de las necesidades y de los derechos; cuando vemos á los autores y agentes de estas reformas remontarse todos á la idea cristiana, y á los apóstoles de esta precederles, introduciendo en las costumbres, con sus discursos, sus escritos y ejemplos, como las semillas de la civilizacion, nos sentimos obligados á atribuir su causa al cristianismo, y juzgando de esta causa por sus efectos, á proclamar su alta y soberana verdad.

Desde el primer momento, el cristianismo hizo hacer á sus discípulos, á título de religion, lo que se

(1) Tom. II pág. 6, 7 y 8; segunda edicion.